

recorrer las calles acompañando á un tiburón que, pescado aquel mismo día, era paseado triunfalmente al son de las músicas de la ciudad, y los comensales de don Cholo, anunciados « á la moda de Europa » por un lacayo, el negro *Chuchurumbé*, ocupaban los puestos de la mesa. Un rico olor á *lechón* asado se esparcía por las habitaciones. Arriba, en la azotea, una banda de música tocaba *la yola de Margari*, y abajo, en las calles, danzaban los transeúntes y se oían los rugidos del pueblo que vitoreaba al tiburón.

Cuando un vino del Rhin (que á los comensales se les antojó *champagne*) salió riendo y espumajeando de una botella empolvada, don Cholo, más sosegado, se levantó y dijo:

— Señores, la diputación ha trabajado mucho, pero sin conseguir el cabotaje. La metrópoli es la tirana eterna. ¡Caiga sobre ella la responsabilidad del porvenir!

— ¡*Siii!* ¡¡*Siiii!*! contestó el auditorio.

Y *Chuchurumbé*, que reflejaba en el blanco de los ojos su admiración por don Cholo, corrió á la cocina y dijo en voz baja á la cocinera:

— *La sensia, la esperiensa y la numansia jasen al hombre supio por la estudiansa.*

## AL AMOR DEL HOGAR

### I

Hace ya algunos años... Mi mejor amigo, que tenía veinticuatro de edad, y me llevaba uno, entró en mi casa de peor humor que solía, preocupado y taciturno.

— ¿Qué te pasa? le pregunté. Apuesto lo que quieras á que te has gastado ya todo el dinero del mes...

— Nada, chico, nada; no me pasa nada, y me pasa mucho. Esto es hecho: me caso, y me vuelvo con mi mujer al hogar paterno. Estoy harto del paisaje... esto no es vida... Los amores para pasar el día y los amores para pasar la noche no son más que pejugueras, y no traen otra cosa que fuertes dolores de cabeza. Necesito á mi lado una mujer que me quiera y comprenda, que se alegre cuando me alegre y sufra cuando sufro, que sea, en fin, hembra en la materia, pero compañera en

el espíritu, y mi amiga del alma sobre todas las cosas... Qué, ¿te ríes?

— ¡No me he de reír, hombre! Tú estás un poco tocado en la cabeza.

— Bueno, tómalo por donde quieras, que no por eso tendré menos razón. Y prosigo. Mi vida, bajo otros aspectos, la conoces de sobra. Si vivo en hoteles, se me roba de lo lindo; pero si vivo en casa de huéspedes, se me roba lo mismo; y para que no me maten de hambre, necesito enredarme con las patronas, y con las hijas de las patronas, y con las sobrinas de las patronas. Total: líos y más líos... ¿Te acuerdas de aquella docena de pañuelos de seda color marrón, que compré no hace un mes? Pues, no me quedan más que dos, ¡figúrate! En todas partes, malos tratos y peores modos. Y créeme á mí, es terrible eso de volver alegre á casa y no tener á quien contar la alegría, ó volver triste y no tener quien alivie la pena. En las calles, las chulas; en casa, la soledad; por auditorio, las paredes del cuarto, y á un extremo del gabinete, esa estúpida cama que parece una fosa abierta... Desengáñate: el matrimonio es una necesidad moral, el pase *sine qua non* (y perdona el latinajo) para entrar en la vida seria. Tú mismo me has contado que te dijo esa familia de la calle del Príncipe que no me encon-

traba más defecto que el ser un poco chulo. ¡Hasta Felipa lo dice también! Ya ves tú, si no me tratara con chulas, evitaría que me pegaran esos modos y otras epizootias peores. ¡Y siempre solo! Con los amigos no se puede hablar cuatro palabras seguidas, porque cada uno está á lo que está: jegoísmo y egoísmo! No creas, hasta llevo á figurarme que, exceptuando á dos ó tres (y creo que me corro demasiado), más gozan que sufren si me pasa algo malo, y al revés. Nada, nada: me caso y me vuelvo al hogar, y en buena hora lo diga.

— Bueno, ya te estás casando, si quieres; pero para contármelo no pongas esa cara afligida, que no me parece sino que te van á dar garrote. Y dí, ¿has mandado fabricar esa mujer con las condiciones que quieres?

— Ni falta; ¡me gusta la ideal! ¿Te has olvidado ya de mi chica? Es rubia, bonita, correcta...

— Qué, ¿le has visto ya las piernas?

— Mira, no gastes bromas pesadas. ¡Contigo no se puede hablar en serio!

— ¡Hombre, como decías que es *correcta*, por eso lo preguntaba! No te abronques; ya sé yo que cuando se va con buen fin... se procura guardar las formas... Pero me escamo contigo, porque genio y figura... Y la verdad es que nunca está

de más tentar, digo, tantear el terreno; ¡mira tú que si te resulta *gambada!*...

— Dije correcta en el sentido parlamentario de la palabra. Correcta y buena, porque tiene cara de eso. Su carácter es bondadoso, tímido, inocente... Pocas energías revelan aquellos ojos, dormidas gotas de un lago azul... pero más vale así. Las mujeres de genio se crecen al castigo que es un gusto. Mi chica es instruída, sin ser bachillera; modesta, sencilla...

— Y barata.

— ¡Vuelta á las bromas! Luego te quejarás si se dice que no tienes formalidad para nada. Decía que mi chica es sencilla y me quiere con delirio: lo dice toda la población.

— ¡Toda la población! ¿eh? Pues si tú no eres andaluz, te debe faltar poco.

— Cree lo que quieras... Tampoco creía yo en el amor, aunque me han amado mucho; pero eso no quita que esa rubia pensadora me parezca siempre, en el amargo oleaje de mi vida, lo que la gota de agua dulce venida de lo alto para refrescar el corazón marchito y quedarse luego brillando, como una estalactita del cariño, entre el cieno del fondo...

— ¡Chico, chico, que te pierdes! No asustes á los vecinos; pudieran figurarse que estás come-

tiendo en mi casa un atentado romántico. La mujer es siempre la misma; por algo se ha dicho que el *femenino es eterno*.

— Eso creía yo, pero no hay tal cosa. En mis amores con esa chica hay detalles que son verdaderas filigranas del sentimiento. Mira: al principio de nuestros amores... Ya te estás aburriendo; ¡el egoísmo, siempre el egoísmo!

— ¡Pero tú te lo dices todo! ¡Cuando digo que no estás bueno! No me aburro; todo lo contrario, me distrae la metamorfosis. Anda, vamos á ver qué pasó al principio de tus amores.

— Nada... Ya se me ha olvidado... ¡Ah! sí, te iba á contar (pero es un rasgo como otro cualquiera) que, cuando empezamos á tutearnos, olvidé el nuevo tratamiento. Ya sabes que soy muy distraído... En aquel momento pensaba en contestar á no sé qué artículo, en el cual me censuró un cualquiera... en fin, un imbécil de los muchos que me censuran. Pues bien: olvidé tutearla cuando hablábamos de que iría yo á verla. Yo le dije: « Aunque pasara eso, ni Dios me impediría ir á ver á usted. — ¡Ah! sí, contestó ella fraseando mucho; ¡ah! sí, porque *iriassss*. »

— ¿Y no le pegaste un tiro?

— ¡Dos, tres tiros! ¡Si hubieras visto qué ojos tan moninos puso cuando me dijo *iriassss!*... En-

tre ella y yo existe, sin duda, la conjunción de los espíritus gemelos, algo de mutua presciencia... Me conoce al pelo. Verás. Otra mañana, — por cierto que estaba yo muy misántropo, porque me empañaban la vista no sé qué nebruras que se me antojaba ver en la lejanía, — me escribió en un sobre : *Juro ser tuya hasta la muerte*. Como con la mano : me puse más alegre que unas pascuas. El juicio de ella sobre mis trabajos literarios es la mejor crítica que se ha hecho. Cuando leí la carta que me escribió sobre mis artículos, vi, ó imaginé ver, unas mariposas azules que se alejaban muy de prisa después de haber revoloteado sobre unas entrañas roídas y sangrientas... ¡Y qué cartas las de mi rubia, qué cartas tan buenas por lo sencillas! No recuerdo si te he leído una que...

— Seguramente me la has leído; es más, creo que la sé de memoria... ¡me las has leído todas tantas veces!...

— No, te digo que no; ¡si sabré yo que no te la he leído! ¿Es que no quieres oírla?

— Hombre, sí; ¡pues no faltaba más! Efectivamente, no me la leíste... Ahora recuerdo que no me las has leído todas. Anda, lee esa carta...

— Sí, voy á leértela, porque quiero que me des tu opinión. Vas á oír una gran carta...

— Señorito, interrumpió el criado, que está ahí... la Vicenta...

— Bueno, que pase.

Mi discreto amigo tomó el sombrero y se marchó diciéndome :

— ¡Hasta mañana!

## II

Hace algunos meses recibí carta certificada de la Habana. La abrí con tal precipitación, que el cartero se asustó. ¡Hacía tanto tiempo que no sabía yo de mi mejor amigo, y me han pasado desde entonces tantas cosas peregrinas! Aquel chico, pensaba yo mientras rasgaba el sobre, supo lo que hizo. Como él en aquella época, también yo me voy cansando del paisaje... Pero leamos... ¡Calle! No es lo que me figuraba; es carta da Manolo, el gran bohemio. Vamos á ver lo que dice ese tipo :

« *Respetable* compañero :

» No te asombre mi silencio ni lo inusitado de esta carta. Hay un sistema carcelario más duro que el que rige en Ceuta... En mi presidio no hay humor ni libertad para escribir. (Estoy em-

pleado en el Morro.) De mi buen deseo no dudes nunca. En la estación de mi amistad, que suele tener parada y fonda, tú eres un viajero extraordinario cuyo regreso deseo siempre.

» Quieres que te hable de las desventuras de nuestro amigo. Lo siento, porque mejor quisiera hablarte de las mías propias. Mas allá va lo que me ha dicho él y lo que he podido averiguar.

» Ya sabes que llegó sin novedad con su equipaje y su mujer. Al principio, todo júbilo era la gran familia; no faltó más que poner iluminaciones y colgaduras. Todos sus parientes estaban entusiasmados. « ¡Pero qué simpático es, y qué » alto está, y qué gracia tiene, y qué bueno lo hizo » Dios, y cuánto sabe! » No le dejaban á sol ni á sombra : besos, abrazos, achuchones, mucho tratarle á cuerpo de rey, y mucho darle guarapo de piña para que no le pillara el vómito. Al mes... ¡ni el olor!

» Su rubia no llena el ideal que persiguió él. Es una mujercita de merengue, vamos al decir, y él necesitaba una mujer que tuviera el alma en su armario. Si escribe, le incomoda; si algún periódico le elogia, ya está celosa, y si le censura, ya la tienes de morro y toda asustada.

» No vale darle vueltas : á la mayor parte de las mujeres no hay que sacarlas de los cuentos

de la « buena sociedad » ni de los folletines de *La Correspondencia de España*, como pasto intelectual. En esas lecturas se pasa la vida la mujer de nuestro amigo; y él... pues á lo mejor tiene que darle tapioca al recién nacido, que nunca falta (porque, eso sí, se quieren una barbaridad), pues la señora está en misa, ó probándose un traje, ó de visita en casa de Tatá.

» Lo que puedo decirte yo, es que no había pasado el año, y ya se tiraban los trastos á la cabeza. Lo que más le puede es la decepción de su espíritu. Pensar en lo divino, en la idealidad, y encontrar luego que todo eso es tortas y pan pintado. « ¡Quién me viera, me decía la otra tarde, » con la sabrosa Pepita merendando en el Vive- » ro, ó comiendo buñuelos en la calle de Jacome- » trezo! »

» La madre, que es una santa, lo tiene reventado á regaños y consejos. La manía de esta buena señora es que sean frailes todos sus hijos. Queriéndole mucho, le incomoda, sin embargo, que el matrimonio viva en su casa, « porque eso es dar mal ejemplo á los niñas solteras, que pueden ver algo ». (Ya no recuerda que ella es también parte de un matrimonio.) Si da á luz la nuera, — y ya te he dicho que da á luz frecuentemente, — hay que decir que van á traer un chico

de Madrid ó de París; y al nacer la criatura, hay que decir que vino en un cesto, y otra porción de cosas; todo para que las hermanas, que son ya casaderas, no sospechen... (Tampoco se acuerda la madre de nuestro compañero de que ha parido quince veces.) No fué floja la desazón que le dió cierta tarde porque (ya ves tú, ¿á qué se casa uno?) le cogió haciendo á la mujer un mimo permitido por la Iglesia.

» Pues nada te digo del padre. Otro que tal. Se pasa la vida contando sus peripecias en el Norte, ¡y mucho ojo con distraerse durante la relación! Carlistas por aquí, liberales por allá, el padre hecho un valiente á caballo, y el hijo está de guerra hasta la punta de los pelos. Cuando se entusiasma, hay que dejarlo, porque entonces es el imitar la caída de las bombas (y para hacerlo más al vivo, tira lo primero que tiene á mano) y el rechinamiento de dientes de los soldados moribundos. Se le ha puesto un genio que ni de encargo. Si no sabe ó no tiene con quién emprenderla á golpes, la emprende á patadas con la sillería. ¡Es divino! La otra tarde gritaba enfurecido: « ¡Carlistón! » Montado á caballo sobre una escoba, había cogido por el pescuezo al infeliz del asistente (que es cantonal).

» Cada pelotera que se arma con motivo de los

noviazgos de las hermanitas es una batalla en toda regla. « ¡Nadie se asome al balcón! » Á la abuela Petra, que está ya muy viejecita, hay que sacarla al sol en un canasto (según es costumbre en la Habana) para que no se florezca ni críe mohó. Pues bien: el encargado de poner el canasto en la azotea es nuestro amigo, ¡figúrate! Total: entre la mujer, y los papás, y las hermanitas, y las tapiocas para los chiquitines, y el canasto, y las preocupaciones é impertinencias de la familia en masa, se está quedando el hombre en un hilo y tiene la cabeza como un bombo.

» Así se desliza su vida: á misa, á la procesión y á visitas... cuando se lo mandan las señoras. ¿Que han llegado las de Broto? Nada, nada, si está en la hamaca, vengan las botas y el traje para recibir á las de Broto. « Esta noche, le dice la mujer, cuando no la madre, tienes que acompañaros á visitar á Tatá. » No hay remedio: á ver á Tatá, aunque esté esperando el viático nuestro pobre amigo. « ¡Niño, exclama la madre, que no te olvides de llevar un cirio en la procesión de esta tarde! » Pues chico, allá va el cirineo, cirio en ristre.

» No escribe ya. ¡Escribir! ¿Para qué? No puede expresar lo que siente, porque sus trabajos están condenados á la previa censura domés-

tica. Se forma consejo de familia, con asistencia del boticario, el cura y otras personas leídas, y venga borrar, y modificar, y hacer rajadas en lo escrito. ¿Que tal cosa les parece fuerte? Se le recuerda que se compromete, que tiene familia, y se le llama loco y tal. ¿Que esa palabra no les parece correcta? Pues se borra. « ¡Ergástula! ex- » clama el cura. ¿Que es eso de ergástula? ¡Dis- » parate más grande! » Y la tacha, y en paz.

» No escribe ni estudia: á su porvenir se lo tragó una enagua... La verdad es que nadie le roba los pañuelos de seda color marrón, y que tiene cosida la ropa, pero sentadas las costuras, recosida la voluntad y frita la sangre. Si á estas contrariedades del destino, y á la prosa de la domesticidad, añades los extravíos de su cerebro, los torbellinos de su imaginación, y, más que todo, el hastío que le royó siempre las entrañas, no te extrañará que cometa nuestro amigo una barbaridad que sea sonada. »

. . . . .

## III

La otra noche estaba yo con los codos sobre el velador de mi sala, y muy divertido en trazar

con un palillo un nombre cualquiera en el tapete, cuando una voz que entra y sale por mis oídos, como Pedro por su casa, me dijo alegremente :

— ¿En qué estarás pensando, mala idea? De puro aburrido, ni siquiera lees ya los periódicos. Mira *La Correspondencia*. (El gato la había cogido de encima de la mesa y la arañaba en el pasillo.) Lo que siento es que ha roto el folletín...

Tomé maquinalmente, y maquinalmente empecé á leer el venturoso periódico que falla de plano las desventuras ajenas. Al poco rato me abstraí completamente una noticia, y sentí que me daba un vuelco el corazón...

« Según cartas de la Habana, decía *La Correspondencia*, se ha suicidado á los veintinueve años de edad, disparándose un tiro de revólver, el señor don (aquí el nombre y la profesión de mi mejor amigo). Antes de morir dejó una carta escrita, manifestando que tomaba aquella fatal resolución por hallarse cansado de la vida. ¡Cansado de la vida á los veintinueve años! »

## ¿QUÉ CRIMEN PURGARÁ?

La finca es de las más hermosas de la comarca. La monotonía de las cañas y cocoteros cesa allí como por encanto de la naturaleza. Trueca el horizonte su verdor pajizo por un verdor más subido de tono y más lozano también. Al borde del sendero, al pie mismo de la granja, se enmarca la vegetación y rompe en borbotones de flores y espigas. Á uno y otro lado se extienden los platanales, frescos, umbríos, con anchas hojas del color de la esmeralda de las cuales pende, en ovalado brote, el pan de la pobreza. La hierba de Guinea, henchida y desbordada, baja en apretado haz de remolinos que acortan el vuelo á las tórtolas y mariposas de vistosos colores que parecen amasados con luz del sol y pétalos de rosa.

Más allá se despeja un tanto el paisaje y se

destaca en la lejanía, recortando el aire, la solitaria silueta de una ceiba, cuyo ramaje brusco y agarrotado diríase esqueleto de crispados brazos que amenazan al cielo... Más allá todavía se extiende en la llanura una azulada sombra que baja cautelosamente de la montaña, disolviéndose en gigantescos manchones... Aquella naturaleza vive en pleno salvajismo; por eso es allí más acre el vaho de la tierra, más robusto el desarrollo de la planta, más fecundo el amor de las bestias... Al alborear el día, se arquea el capullo para recibir la primera gota que evaporó el arroyo, y allí la recoge en el pico, temblando las alas, el pájaro mosca que liba en las flores el cotidiano alimento.

Más tarde, cuando los fuegos del sol no alumbran, sino quemar, cuando predomina en la atmósfera una pesantez de bochorno, y el hombre y la bestia y el pájaro y la flor se abaten congestionados en el seno de una naturaleza que duerme la siesta con un pie en la montaña y con otro en el mar, repercuten en el valle relinchos y crujidos de animales en celo, que hacen ofrendas al amor, acorralados en espaciosa planicie que les sirve de lecho nupcial. Refocilados, jadeantes, abatidos por el orgasmo venéreo, se arrastran pesadamente hasta llegar al borde del canal

por donde discurre el agua, y pegan allí sus hocicos babosos y lascivos.

Testigo mudo de aquellas escenas, castigado despiadadamente por el sol, que cae de plano sobre su ulcerado lomo, cubierto por un girón de trapo que le da apariencia de mamarracho carnavalesco, enganchado á la noria para extraer el agua que beben, entre sorbo y retozo, sus compañeros de campo, voltea resignadamente un caballo flaco como un arenque, roído por el arestín, desorejado, ¡ciego! Alguna vez detiene su labor, mueve los muñones que le sirven de orejas, parpadea como si le estorbara un pensamiento, y diríase que eleva al cielo una reconvención severa y triste... Luego emprende otra vez su calvario de judío errante, hostigado por el capataz, sintiendo sin ver la aproximación del palo y expresándolo con un ligero temblor de la grupa.

Prometeo de cuatro patas atado á la noria, Tántalo con cara de caballo, no hay para él regodeos, ni amoríos, ni praderas, ni horizontes... ¡La ceguera y la noria! ¡el arestín y el palo! he ahí su destino...

Siempre que, á solas conmigo, me detengo á contemplar ese enorme infortunio que no se explica la mente y que parece un castigo, al tra-

vés de las edades, de infamias y miserias de toda una generación caballar, sintiéndome cómplice de la injusticia de los hombres, experimento la necesidad de dar un abrazo al caballoje aquel, herido por la vejez, destrozado por el odio, y me pregunto con miedo :

— ¿Qué crimen purgará?...